

La Revolución Mexicana y la Modernización Nacional

Cassio Luiselli Fernández
(Embajador de México en Corea,
Doctor en Ciencias Económicas)

Introducción

La Revolución Mexicana, junto con la Conquista, la Independencia y las reformas liberales del siglo pasado, constituye uno de los grandes momentos de aceleración histórica en la larga vida mexicana. La Revolución Mexicana, a pesar de su violenta secuela, que dejó más de un millón de muertos en un país que contaba entonces con no más de 15 millones, y se extendió alrededor de una década en el amplio territorio de México, sentó sin duda las bases para la modernización y consolidación del país. Como todo movimiento histórico de gran trascendencia, sus primeros impactos se hacen sentir en la economía y la política, pero perduran muchos años después también en la cultura. Esto es particularmente cierto en un país de mestizaje como México, en camino aún de lograr sus síntesis mestiza. Fue precisamente la Revolución Mexicana el gran catalizador de un proceso de modernización y recuperación de las raíces y orígenes de México en un nuevo conjunto nacional. Es por la Revolución Mexicana que el país mestizo empieza a cobrar fisonomía, a integrarse y a modernizarse en lo económico y social.

México vive ahora, tras una década de estancamiento, un activo momento de reflexión nacional, búsqueda de rumbo e ímpetu político y económico. Para entender el momento actual y participar en el debate de la nueva agenda de la República es esencial comprender el vasto movimiento social que significó la

Revolución Mexicana. En este ensayo, pensado y escrito teniendo en mente a nuestros amigos coreanos, intentaremos pues una breve relación de los grandes hechos, hitos, del movimiento de la Revolución Mexicana y haremos después una relación y un somero análisis de su impacto y sus resultados en la vida nacional.

I. Los Orígenes

En 1910 el General y dictador Porfirio Díaz se hizo reelegir Presidente de México por sexta vez, desatando la ira popular y el movimiento de cambio irreversible conocido como Revolución Mexicana. Con ello se iniciaba el derrumbe de 30 años de una lenta e inequitativa modernización de México. Porfirio Díaz, recio indígena y combatiente destacado en las luchas liberales mexicanas, tras 30 años en el poder mostró todos los signos del avejentamiento personal y de la desviación y corrupción que trae consigo el acaparamiento absoluto y creciente de poder por un período prolongado. Los historiadores seguirán discutiendo por muchos años y revisando la historia oficial sobre el porfiriato. Baste aquí decir que el porfiriato fue una larga era que trajo al país una relativa prosperidad y, sobre todo, la unificación e integración de vastos y dispersos territorios. Trajo asimismo una amplificación exorbitante de las desigualdades y se mostró absolutamente incapaz de incorporar en el progreso y en la vida republicana a enormes contingentes de indígenas y campesinos.

El propio Díaz, tras tantos años en el poder y después de una celebrada entrevista con el periodista norteamericano Creelman, anunciaba para México un futuro democrático con libre competencia de partidos. Ello despertó, sobre todo en la creciente clase media de la capital y del norte del país, una polémica y un encendido debate sobre el futuro democrático de México. Dos corrientes emergieron desde el principio: aquellos que pensaban como necesaria y provechosa la continuidad del porfiriato en una fuerte oligarquía conocida como el "Grupo de los Científicos", y otra, de clara vocación democrática, que pensaba necesaria una ruptura pacífica con el viejo orden, que permitiera una transición rápida y directa a la vida democrática para resolver las ancestrales carencias de las mayorías desposeídas.

Surge una figura fundamental en esta época: Francisco I. Madero, quien publicara un libro de enorme impacto político, *La Sucesión Presidencial*, en 1910, donde señala el derrotero que según él debería llevar al país a la democracia; propone un programa gradual y moderado que despierta grandes simpatías pero que del grupo en el poder y del dictador mismo no tiene sino el desdén. Díaz se reelige; con eso burla y frustra las expectativas democráticas de México, y Madero opta por organizar un partido opositor, el Partido Antireeleccionista, e inicia una campaña romántica, casi quijotesca, en favor de la democracia. Con ello gana la simpatía de las multitudes... y la cárcel por parte del gobierno. Libre poco después, y desde Estados Unidos, donde se exila, lanza su plan revolucionario, desconoce los poderes constituidos y propone asumir el poder en forma provisional, todo esto bajo el lema "Sufragio Efectivo, No Reelección": era el Plan de San Luis que señalaba la toma revolucionaria de las armas para asaltar el poder el propio 20 de noviembre. Empiezan así las primeras luchas y quebrantos de la Revolución Mexicana. El gobierno ve perder importantes posiciones, sobre todo en el norte del país, Chihuahua fundamentalmente, donde aparecen los primeros caudillos legendarios de la Revolución: Pascual Orozco y, desde luego, Francisco (Pancho) Villa. En el sur, poco después, surge una figura clave para entender la política y la vida mexicana en el presente siglo: el líder campesino Emiliano Zapata. El agobio armado, el desencanto con el poder y la pérdida de apoyo de las mismas clases medias urbanas propician el colapso de la dictadura de Porfirio Díaz, y tras pocos meses de lucha renuncia a la presidencia y abandona para siempre el país. La Revolución de Madero había triunfado.

Así, para 1911—tras un breve interinato—Madero asume plenamente la presidencia del país, pero lo hace con compromisos, quizá con excesivo eclecticismo y un gran celo democrático y rápidamente el proceso social, puesto en marcha sólo meses atrás, empieza a rebasarlo. Notablemente, Emiliano Zapata, con un claro programa de transformación revolucionaria a partir de reivindicaciones agrarias, lanza el Plan de Ayala y con ello plantea un enorme dilema a Madero: o iniciar inmediatamente las reivindicaciones sociales y económicas, o ir las graduando y postergando a nivel de compromisos. Esto simplemente no pudo ser.

Pero además, el aparato militar y también de alguna manera el político del porfiriato, habían sido poco lastimados por los sucesos revolucionarios y el Presidente de México no pudo, ni con el poder de la ley y la razón, contener las escisiones políticas, los levantamientos, y un clima de inseguridad se enseñorea sobre México. Finalmente, en los hechos lamentables conocidos como la “Decena Trágica”, Madero es asesinado y el poder arrebatado por un usurpador, Victoriano Huerta. Huerta, sin base de apoyo popular alguno y sin ningún proyecto social y económico coherente, no logra mantenerse en el poder por mucho tiempo. Los revolucionarios, reagrupados quizá con desorden pero con un gran instinto del camino histórico, fueron acaudillados por otra figura señera en la Revolución: Venustiano Carranza. Así, a los nombres ya legendarios de Villa, Madero y Zapata, se agregan ahora los de Carranza y otros importantes militares, sobre todo en el norte del país. En esta época se dan las grandes batallas militares de la Revolución Mexicana en Torreón, Zacatecas, Tepic, etc. comparables sólo a las de Chihuahua tiempo atrás. Huerta abandona el poder en 1914 y Carranza, como nuevo jefe revolucionario y gran político, a diferencia de Madero, disuelve de inmediato la maquinaria militar del porfiriato y empieza a hacer reformas prácticas y puntuales, aglutinando con ello un poder que venía sobre todo de caudillos revolucionarios regionales. Y con ellos habría que entenderse a Carranza. Se intenta, en dos importantes convenciones políticas, la de México y la de Aguascalientes, un acuerdo político con todos los caudillos revolucionarios. Lo que surge, sin embargo, más que un avenimiento político, es la conformación de una verdadera ideología revolucionaria, social y reivindicadora, y su opuesto, su antítesis, una doctrina inmovilizadora y reaccionaria. Así, sin consenso político pero con una doctrina social creciente, Carranza ejerce un gobierno enérgico y pragmático que le vale enemistades importantes pero que finalmente logra contener la anarquía y la disgregación del país. Viejos colegas de armas se enfrentan ahora en esta época de caudillos: Villa a Obregón y Zapata a Carranza, quien da cuenta del Caudillo del Sur en un asesinato que tendría grandes repercusiones políticas y simbólicas. Finalmente, los Constitucionalistas de Villa triunfan; proponen actualizar la Constitución de 1857 e iniciar reformas. Pero en sus propias filas surgen heterodoxos y radicales que plantean no una adecua-

ción a la Constitución liberal del 57, sino nueva Carta Constitucional que incorporase principios sociales y salvaguardase a su vez garantías individuales. Ellos fueron los Constituyentes de 1917, quienes plasman, en doctrina política y en Carta Constitucional, una rica y creativa síntesis de ideas liberales y sociales. De aquí que se llame a la Revolución Mexicana la primera revolución social del siglo XX. A pesar del asesinato de Zapata, en la Constitución se plasman los principios de propiedad social del suelo y de reforma agraria que, si bien por unos años son poco más que letra muerta, permiten después a la Revolución triunfante echar a andar un vasto programa de reforma agraria. Con el triunfo de los Constitucionalistas y Carranza y la Constitución de 1917 se cierra una primera etapa de lucha armada de la Revolución Mexicana. Carranza muere también violentamente, pero se le recordará como el gran consolidador y aglutinador de las poderosas fuerzas sociales que desató la Revolución de 1910.

II. La Consolidación de la Revolución (1920~1935)

En 1920 llega a la presidencia uno de los militares y políticos más brillantes que ha dado México: el joven militar sonoreense Alvaro Obregón. Obviamente, mucho de su poder provenía de sus triunfos militares más que de los votos en las urnas, pero Obregón avanza en la pacificación del país, reduce drásticamente el poder de los caudillos por la disuación de las armas o la persuasión política, e inicia, quizá todavía sin gran vigor, reformas políticas y económicas—una balbuceante reforma agraria—que sientan sin duda las bases de la consolidación de la Revolución Mexicana. Afortunadamente para el país, le sucede en el poder otro político astuto y de gran visión, otro norteño como él: Plutarco Elías Calles. Calles avanza en el proceso de pacificación, evita que la guerra religiosa denominada “Cristera” se transforme en una guerra civil de consecuencias imprevisibles, y logra manejar el conflicto, que queda como un episodio trágico y doloroso de la vida nacional, pero sin mayores consecuencias reales. En un país más tranquilo y más unido en lo regional, Calles avanza en la modernización institucional. Sienta las bases de un partido realmente nacional, capaz de incorporar a fuerzas populares y clases medias y de dar expresión a una gran cantidad

de postulados contenidos en la Constitución de 1917: el Partido Nacional Revolucionario(PNR). Pero Calles, además de un gran constructor político, puso en marcha reformas institucionales fundamentales: creó el Banco Central, con toda la implicación de política económica y monetaria que ello trae consigo, inició obras de irrigación fundamentales para la época, organizó una burocracia relativamente moderna y puso al país por fin, tras más de 10 años de estancamiento productivo y convulsiones armadas, en la senda del progreso político y económico.

Calles, conocido ya entonces también como el “Jefe Máximo”, siguió manteniendo el poder real del país a pesar de haber dejado la presidencia en lo formal. Pero en 1934 accede al poder otro joven general de una generación ya diferente, sin embargo, y de la región centro-occidental de México: Michoacán, zona de alguna manera de transición entre el árido norte, cuna de los grandes revolucionarios militares, y el altiplano central, nudo histórico y cultural del país: Lázaro Cárdenas, quien a los 38 años llega al poder y sin titubeos exila a Calles, salvando quizá con eso no sólo el camino de la Revolución, sino la figura histórica del propio Calles. Cárdenas, que gobernó en los treinta, cuando la economía internacional presentaba una profunda crisis y cuando la Revolución Rusa tenía un momento de gran auge, desarrolló un programa de avanzada social y reivindicación popular. No sólo hizo reformas en materia educativa y de política social, sino que hizo realidad vertiginosa y dramática la letra agraria de la Constitución del 17. En lo industrial propició el progreso y la consolidación de una clase capitalista y, llegada la hora de enfrentarse a los monopolios petroleros, con firme liderazgo expropia para la nación la industria petrolera. Con ello culmina realmente la obra de la Revolución Mexicana. Se dan las bases para una amplia expresión popular, capilaridad social, expresión de la diversidad étnica y cultural del país y, muy importante, se inicia una era, hacia el final del cardenismo, de muy acelerado crecimiento económico. Puede decirse que los regímenes que siguieron a Cardenas, que heredaron el Partido y buena parte del programa económico y político por lo menos hasta inicios de los ochentas, fueron, en el mejor de los casos, continuadores y tal vez adaptadores eficaces de la base institucional que logra su cimiento social y político en la época del car-

denismo. No podemos, sin embargo, dejar de mencionar a Obregón y a Calles en esta segunda y definitiva fase de la Revolución Mexicana. Debemos señalar que justamente en la época del cardenismo florece en México también la primera síntesis artística y espiritual de la Revolución. Empieza a cobrar una fisonomía ideológica y estética en el rostro del país: se reivindican las raíces indígenas, se descubre el colorido y la variadísima textura social del país y se conforma el rostro del nuevo México no sólo en lo económico y en lo institucional, sino también en las artes y la creación intelectual y espiritual.

III. Impacto de la Revolución Mexicana

Desde los inicios de la Revolución a la fecha, el país se ha transformado totalmente. La población prácticamente se sextuplicó, al pasar de 14 millones a casi 85. Se ha rejuvenecido y más de la mitad de los mexicanos cuenta con menos de 20 años de edad. El país se hizo urbano y pasó de ser un país eminentemente agrícola a uno sobre todo industrial. Los indicadores de bienestar social han mejorado, entre ellos el de alfabetismo, situándose ahora por encima de 93%, de haber estado en una población alfabetada de menos del 30% al inicio del movimiento armado. Pero también el cambio acelerado en la población y el crecimiento económico dejaron su huella de desigualdad al interior de los grupos y clases sociales y a nivel de las distintas regiones del país. Unas crecieron con celeridad y otras se han venido rezagando lastimosamente.

Analizaremos el impacto de la Revolución en tres esferas fundamentales: la económica y social, la política y la ideológica o si se quiere artística y cultural.

—El cambio económico

A partir de finales del gobierno de Cárdenas y después de los calamitosos años de la propia Revolución, inicia México un sostenido y veloz crecimiento económico. La economía en promedio, del año 1936 a 1981, crece a una tasa superior al 6%. Si bien ésta es más acelerada entre 1945 y 1965, el promedio es más que satisfactorio para todo el largo período. La industria crece mucho más rápido que la agricultura, sobre todo a partir de mitad de los sesentas, cuando la agricultura en general empieza a decaer y la industrialización cobra

auge. El modelo de industrialización, sustentado durante la mayor parte del período en la sustitución de importaciones, conllevó una rápida modificación de la estructura industrial y productiva del país; se fincó sobre todo en la creación de un importante mercado interno que crecía, además, por el notable incremento demográfico, que tuvo su mayor expansión durante la década de los sesenta, cuando llegó a ser del 3.6% anual y que a partir de entonces, lentamente, ha empezado a decrecer.

La agricultura, que había permanecido estancada durante los primeros años de la Revolución o con un incremento muy modesto, empezó a crecer justamente cuando Lázaro Cárdenas lanza, con todo vigor y energía, la reforma agraria. Fueron aquellos años una era “dorada” para la agricultura. Crecía el reparto y crecía la producción, en parte porque se abría infraestructura y la frontera agrícola se aumentaba rápidamente, pasando de cultivar 15 millones de hectáreas a principios de los años treinta, a poco más de 20 a finales de los setenta. Pero los precios relativos y la creciente demanda urbana jugaron también como un estímulo al desarrollo de la agricultura. Solamente más tarde, hacia mediados de los sesenta, y cuando a través de la balanza de pagos empieza el estrangulamiento externo, el crecimiento económico y la economía agrícola empiezan a sufrir, toda vez que la época de expansión fácil de la frontera agrícola y la productividad también terminaron. En un país, con una creciente clase media urbana, se expande también aceleradamente el sector servicios, aunque generó siempre un sector informal artificialmente numeroso, significado por el exceso de población que emigró en aquellas décadas del campo a la ciudad. La reforma agraria es fundamental para entender el impacto de la Revolución en la economía. Al distriuirse millones de hectáreas, sobre todo en el régimen de Lázaro Cárdenas y muy posteriormente en los de Díaz Ordaz y López Mateos, no sólo se redistribuyó la propiedad, sino que también se abrieron las compuertas a la movilidad social y a la creación de un mercado interno mayor. La reforma agraria, así pues, tuvo un contenido revolucionario, fue drástica, confiscatoria y redistributiva, pero tuvo un impacto positivo en la equidad y en la producción, impacto que, como todas las cosas, fue perdiendo fuerza e ímpetu al pasar los años y agotarse prácticamente la época del reparto agrícola y al transformarse

el marco macroeconómico que propició el crecimiento agrícola.

El impacto de la Revolución en la vida social y política fue también notable. La Constitución, con su contenido social y su garantía a las libertades individuales, fue marco que expresó un nuevo pacto social, y en los años jóvenes del régimen revolucionario prohió una serie de medidas en la educación, en la organización del trabajo, en las prestaciones y derechos individuales y sociales, positivos para la modernización y ampliación de las libertades en el país. El Artículo 30., que marca el carácter laico y el sentido social de la educación; el Artículo 27, que regula el régimen de propiedad; el Artículo 123, que organiza y regula el régimen de trabajo, elementos que después dieron origen a un amplio modelo de educación popular, al seguro social y a una organización sindical en el seno del partido de la revolución que por muchos años generó un pacto político positivo y dinámico. Muchas leyes, disposiciones y prestaciones sociales en México de los cuarenta y cincuenta fueron definitivamente pioneras en los países en desarrollo de aquellos años. El partido, transformado en el formidable PRI, Partido Revolucionario Institucional, garantizó por mucho tiempo un sistema de alianzas y compromisos políticos que permitieron avance social sin ningún quebranto mayúsculo en la paz y estabilidad social.

No que haya habido años de quietud e inmovilismo, pero sí había un consenso básico en torno al régimen y la construcción de un modelo de país más amplio, más moderno, más pujante y quizá un poco más justo.

—El impacto en la cultura

Como mencionamos atrás, la Revolución Mexicana abrió de nuevo la búsqueda continua de los mexicanos por su identidad y origen. Como todo país mestizo, fruto del encuentro violento de distintas culturas, como lo fue la española y la pléthora de pueblos indígenas y las civilizaciones azteca y maya que poblaban a nuestro país, hay una continua búsqueda de fusión y sentido en la conformación de nuestra sociedad mestiza. La Revolución, si bien no logró plenamente esa síntesis, sí puso sus elementos en contraste; sí sacó de la raíz las esencias, el contenido, la fuerza vital de las culturas que conforman México. Ello generó un importante movimiento cultural que fue, sobre todo en sus inicios, auspiciado

por la Revolución hecha gobierno. José Vasconcelos, figura recia, contradictoria y polémica, al frente de la Secretaría de Educación Pública, inicia un magnífico movimiento en favor de la educación y la cultura y no sólo se difunden los grandes nombres y temas de las culturas clásicas sino que se reivindican y rescatan los temas originales del México indígena y del México de la Colonia.

Después, la Revolución habría de expresar con una gran fuerza su sentido creativo en dos ramas fundamentales: la literatura, particularmente la novela y, desde luego, la pintura. Así, surge el cuento y la novela propia de la Revolución Mexicana, con grandes plumas, y surgen también señeras figuras culturales en el horizonte mexicano: Alfonso Reyes, Martín Luis Guzmán, el propio Vasconcelos. En la novela, quizá ninguna otra pueda expresar mejor la Revolución que *Los de Abajo* de Mariano Azuela, aunque debe destacarse también *El Aguila y la Serpiente*, de Martín Luis Guzmán. Otros autores, como José López Portillo y Rojas, José Rubén Romero, etc., pintaron escenas de la Revolución con gran fuerza y vigor narrativo.

En la música la Revolución se encuentra expresada en los corridos, que narraron las gestas, a veces exageradas por la imaginación y la leyenda, de los caudillos revolucionarios. Villa y Zapata, y en menor grado quizá Carranza, Madero y Obregón, son los más cantados por la Revolución. Sobra decir que conforme los corridos iban y venían de un lado a otro de la República, ya enlazada por los ferrocarriles, etc., su letra y contenido se iban alterando y creciendo.

La vida intelectual mexicana, ya sea en el ensayo, ya en otras expresiones de la creación literaria, fue inmensamente rica en aquellos años, y muchos ilustres intelectuales figuraron prominentemente en la política nacional. No se puede hablar de la Revolución sin hablar del movimiento estudiantil de 1929, cuando participaron grandes figuras intelectuales y políticas de México y dotaron a la vieja Universidad de México de su plena autonomía respecto al Estado. La generación de 1915, que llegó a su plena madurez y creación intelectual en los primeros años de la Revolución, cuando ésta se convierte en poder instituido, se conoce como "Los Siete Sabios", entre los cuales destaca el brillante conservador Manuel Gómez Morín, el penetrante filósofo Alfonso Caso y el intelectual

marxista Vicente Lombardo Toledano, así como Antonio Castro Leal. Asimismo, el "Ateneo de la Juventud" tiene entre sus figuras más destacadas a Alfonso Reyes, escritor filósofo y literato, José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña (nacido en Santo Domingo), Martín Luis Guzmán y el músico Manuel M. Ponce como los más destacados. Octavio Paz, muchos años después tal vez, publica un ensayo capital para entender esta indagación de los mexicanos sobre sí mismos y sobre todo inmediatamente después de la Revolución: el célebre ensayo *El Laberinto de la Soledad* que sin duda fue una obra clave para entender la obra que llevó entre la poesía y el ensayo a Octavio Paz al Premio Nóbel de la Literatura en este 1990. Otros ensayos, como el de Samuel Ramos denominado *El Perfil del Hombre y la Cultura en México*, fueron también de gran trascendencia. Y, como hemos dicho, la obra compleja, controvertida de Vasconcelos *La Flama, El Ulises Criollo, El Proconsulado* es también capital para valorar el ensayo mexicano de la Revolución.

Pero es quizá en la pintura donde se plasma con más fuerza y vigor la síntesis de la búsqueda que significó la Revolución Mexicana. El muralismo, expresión sumamente rica y original de la pintura de la Revolución, tiene tres exponentes capitales de renombre mundial: Diego Rivera, José Clemente Orozco y David Alfaro Siqueiros. Capturan la imaginación popular, el colorido y la fuerza de las leyendas, tradiciones y gestas populares y lo convierten en un testimonio vital, público, que ha dejado una profunda huella en la plástica no sólo de México sino de América Latina. Desde luego el cine, con películas épicas como *Vámonos con Pancho Villa, Allá en el Rancho Grande*, etc., expresó y se vio influido a su vez del movimiento revolucionario. Y así como los corridos iban de boca en boca en los pueblos, el teatro popular, la carpa y la tanda en los medios urbanos, expresaban de una manera no refinada pero muy vital no sólo las andanzas de los revolucionarios sino las desventuras y venturas de las nuevas y emergentes clases medias y populares en el nuevo escenario dominante de México: la ciudad.

IV. La Revolución y la Crisis de los Ochenta

¿Ha muerto la Revolución Mexicana? Es una pregunta que ha aparecido cre-

cientemente en el ensayo político y el análisis histórico de las últimas décadas. Ya a finales de los sesenta, el movimiento y la crisis ulterior —estudiantil de 1968— marcan el inicio de un nuevo ciclo en la política mexicana. Una revuelta estudiantil se transforma en una masacre y las clases medias encuentran, quizá por primera vez desde la Revolución, que las vías de acceso al poder económico y político no estaban abiertas para todos. Los “saldos” de la Revolución Mexicana, como señalan algunos autores, se fueron acumulando con claridad a partir de los setenta. Estancamiento agrícola, fin al ímpetu de la reforma agraria, pobreza rural, diferencias regionales marcadas, hacinamiento urbano y finalmente un menor crecimiento económico. Asimismo, el entorno internacional se alteró drásticamente con la desaceleración económica de los setenta y de la recomposición de la economía global. A partir de los ochenta, y después de una profunda crisis económica de México, cuando la deuda externa pasa a comprimir las posibilidades de expansión económica se trastocan profundamente las expectativas económicas y aún políticas del país. Los ochenta marcan para México una década de crisis y profundo cambio. Es evidente —en los datos más elementales puede observarse— que el ímpetu creativo de crecimiento económico y avance político de la Revolución empieza a terminar justamente en estos quiebres que se dan entre el 68 y 82. No es que la Revolución se haya muerto; no es que la Revolución haya terminado, es simplemente que su impulso creador, su “momentum” de mayor impulso vital en la vida de México, pasó. Simplemente pasó. Y ahora, con la fuerza que da la historia, con la certidumbre que nos dio a los mexicanos nuestra Revolución, que nos hizo conocer y sentir más cerca nuestras raíces y nuestra vitalidad de país mestizo, debemos buscar de nuevo el rumbo del progreso y el avance económico y también democrático.

멕시코혁명과 국가의 근대화

까시오 루이셀리 페르난테스

중남미 변혁운동의 전기를 가져왔던 멕시코혁명(1910~1920)은 멕시코의 근대화와 국가결속의 토대를 마련하였으며, 그 영향은 정치, 경제 및 문화를 포함하는 전 부문에 걸쳐 광범위하게 나타난다.

경제적 측면에서는, 사회의 광범한 부문에 걸쳐 개혁이 단행되었던 까르테나스 통치기에 이루어진 경제성장으로 1935~1981년에 연평균 6%의 경제성장률을 기록하였으며, 6배 가까운 인구의 증가로 산업구조의 변화가 일어나 도시화와 공업화가 가속화되었다. 혁명 초기에 정체되었던 농업부문도 까르테나스의 개혁으로 눈부신 성장을 이룩하였으며, 혁명의 레마를 실현한 과감한 농지개혁은 사회적 평등과 생산력 증대에 긍정적 역할을 하였다.

정치사회적인 측면에서는, ‘아얄라 계획’이나 ‘1917년 헌법’ 등을 통해 꾸준히 정치사회적 발전의 토대를 구축하였는데, 특히 혁명정부 초기에 교육, 노동조합, 개인적·사회적 권리와 의무에 대해 혁명의 이상을 반영하는 일련의 새로운 조치를 취함으로써 멕시코의 정치사회적 근대화와 자유신장에 결정적 역할을 하였다.

또한 멕시코혁명은 멕시코인의 정체성과 근원애의 끝없는 탐구의 길을 열어주었으며, 문화적인 면에서도 뚜렷한 자취를 남겼다. 특히, 소설을 비롯한 문학과 회화에서 두드러져, 알폰소 레예스, 마르틴 루이스 구스만, 바스콘셀로스, 마리아노 아수엘라, 호세 루벤 로메로 등 저명한 멕시코혁명 작가와 디에고 리베라, 오로스코프, 시케이로스 등 세계회화사에 한 획을 그은 벽화화가를 낳았다.

이처럼 국가사회의 전부문에 걸쳐 근대화과정의 전기를 마련하면서 멕시코의 국가적 면모의 확립에 절대적으로 기여한 멕시코혁명은 이미 사멸된 먼 과거의 일이 아니다. 멕시코혁명은 근대화와 민주화를 위한 새로운 방향의 모색에 있어서 역사를 이끌어갈 살아있는 힘으로 남아있다.